



Una vocación psicoanalítica: recuerdos, sueños y reflexiones¹

Franco Borgogno²

Sociedad Psicoanalítica Italiana, Torino, Italia

Se describe mi desarrollo dentro del psicoanálisis desde mis primeras experiencias de descubrimiento y mi posterior recorrido y formación en el mismo. Mis luchas e intentos de encontrar mi propia voz, el descubrimiento de autores como Paula Heimann o Sándor Ferenczi. Finalmente se muestra mi propia visión del psicoanálisis y la importancia y el valor, más allá de las palabras, de la relación y la experiencia emocional.

Palabras clave: Experiencia, recorrido, psicoanálisis, relación, experiencia emocional Ferenczi

It describes my development within psychoanalysis from my first experiences of discovery and my subsequent tour and training in it. My struggles and attempts to find my own voice, the discovery of authors as Paula Heimann and Sándor Ferenczi. Finally shows my own vision of psychoanalysis and the importance and value, beyond the words, of relationship and emotional experience.

Key Words: Experience, journey, psychoanalysis, relationship, emotional experience, Ferenczi

English Title: A psychoanalytic vocation: reflections, dreams and memories

Cita bibliográfica / Reference citation:

Borgogno, Franco. (2008). Una vocación psicoanalítica: recuerdos, sueños y reflexiones. *Clinica e Investigación Relacional*, 2 (2): 262-279.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/>] [ISSN 1988-2939]





Franco Borgogno en el *Instituto de Psicoterapia Relacional*, Madrid, 17 y 18 Octubre 2008.

1. Un encuentro fundante.

En esta primera parte de mi presentación me centraré en la historia de mi vocación psicoanalítica y sobre las razones de un recorrido, el mío. Comenzaré entonces por “el corazón de las cosas”, “de lejos”, queriendo así subrayar que la categoría “partir de lejos” es imprescindible para el psicoanálisis, al menos en lo que tiene que ver mi manera de entenderlo.

Yo, como muchos otros, naturalmente he partido desde lejos: me sentía lejos de mí mismo y de mi grupo de pares, lejos de los valores culturales y de las expectativas de mi grupo de referencia... He descubierto el psicoanálisis a los dieciséis, diecisiete años, y en mi idealización adolescente, lo consideraba un recurso que me permitiría acercarme a mí y a los otros, y esperaba precisamente encontrar por ese medio algo o a alguien que me pudiera reconciliar con la comunidad externa e interna, disminuyendo la disociación que advertía dentro de mí. En aquel momento no la llamaba “disociación”, obviamente: sentía que algo “impedía mi vista”; me sentía valioso pero, al mismo tiempo, una nada, inexistente, buscando afanosamente una mirada que me reconociera.

Puedo decirlo con dos imágenes importantes para mí. Una experiencia primero... Una mañana, de vacaciones, me encontraba solo en medio del mar grueso, no muy lejos de la orilla. Las olas altas e impetuosas no me asustaban, a pesar de ser consciente de su altura e impetuosidad. Sentí que debía abandonarme sin miedo y dejarme llevar por la corriente. Al sentir esto, percibí que estaba vivo y que la vida, aunque me atemorizaba, era un misterio que me atraía.

Un sueño: soñé que el terreno del frente de la iglesia del pueblo del que proviene mi familia paterna se hundía bajo mis pies; con terror, me encontraba en un templo hindú en el cual un brahmán —mirándome intensamente— me ofrecía, avergonzado y descolocado, una piedra verde con forma de rombo, que en mis manos se iluminaba e iluminaba el ambiente circundante.

Desde mi criterio actual, esas dos experiencias que inmediatamente advertí importantes, eran la señal de que me zambulliría en la vida a pesar de no sentirme completamente equipado y, por lo tanto, también con riesgo; y de que, tarde o temprano, encontraría a alguien o algo que me daría la esperanza de tener un valor, rescatándome de mi miseria y mi vergüenza. Eran, en otras palabras, dos experiencias de futura integración que me

anunciaban la pronta llegada de “cosas buenas”.

Y así fue porque individualicé la fuente de estas cosas buenas en el psicoanálisis. En realidad, sabía muy poco de qué se trataba, excepto que conllevaba la presencia de alguien sabio que te tomaría de la mano y escucharía, cosas muy diferentes de la cultura circulante en mi familia, una familia también en parte culta y hasta de nobles raíces por la parte paterna, pero acostumbrada a confiar en la providencia divina antes que en la humana, encarnada por personas.

Fue el inicio de la confianza: en cierto modo una confianza “ciega”, porque mi primer analista era absolutamente silencioso, pero salí de esa primera experiencia analítica con la sensación de que respiraba mucho mejor y de que poseía un cierto “fuego sagrado” en mi interior, para aventurarme con coraje en la vida que me esperaba. Me encontré así con la imagen o, mejor dicho, con la idea de haber sido ayudado, ya que nadie —mi analista— había interferido con mis elecciones y con mi camino: había podido esencialmente ser yo mismo... (esto es lo que entiendo por “idealización”, por si no hubiera quedado claro); pero el ser yo mismo lo logré en realidad sólo sucesivamente gracias a la sustancial ayuda de un segundo análisis llevado a cabo con un analista que pronto me pareció que hablaba demasiado y de un modo extraño...

Este segundo analista en la primera sesión dijo, por ejemplo, algo como “Rojo Borgogno, Rojo Bordeaux” ante un sueño mío en el que adquiriría un *abat-jour* de color rojo *bordeaux*. Evidentemente él asoció el vino con mi sueño (“Borgogno” fue una famosa marca italiana de vinos “Barolo” y “Barbaresco”), y yo, defendiéndome de su respuesta, repliqué inmediatamente que mi familia no producía vino más que para uso y consumo propios y en el pasado, y agregué que en el sueño enseguida me encontraba en el mar y “recogía también una concha que guardaba por si me llegara a ser útil”. A esto él respondió que, si era necesario, me aprestaba a “defender mis pelotas”: “la concha”, para él, “era la de los boxeadores”, ¡la concha que los defiende “de los golpes bajos”!

En resumen, ese encuentro fue —más allá del súbito desconcierto— el inicio de “un gran acuerdo” (¿recuerdan la canción italiana “Abat-jour”, ésa de los años cuarenta, que se hizo famosa en todo el mundo por las películas *Ayer, hoy y mañana* —1963— y *Prêt-à-porter* —1994—, como banda sonora del *strip-tease* de Sophia Loren frente a Marcello Mastroianni?). También fue el comienzo de un gran interés y admiración por quien me había respondido, casi sin conocerme, describiéndome con el amor de un padre como un “buen vino prometedor”; por quien —lo repito: “con el amor de un padre”— había creído en mí. Quiero subrayar la importancia de dar crédito y de recibir crédito. El “Barolo” y el “Barbaresco”, además, pueden tornarse cada vez más valiosos y buenos “añejándose”.

Esta recíproca concesión de confianza tuvo una buena respuesta y nunca causó desilusión: no hubo “puertas cerradas” (en el primer análisis solía encontrar, literal y no sólo metafóricamente, la puerta cerrada sin que nadie me advirtiera ni se disculpara por ello), y a raíz de eso aprendí a reconocer con él “los golpes bajos de mi destino”: un padre que me confiaba a Dios, a las plegarias y a la divina providencia, desertando de confrontar conmigo, y una madre que se ausentaba mentalmente de improviso sin que se supiera la razón, y que, a pesar de ser por un lado una persona algo creativa y jocosa, solía rehusar cualquier acercamiento, canturreando —a mi entender, impúdica e irrespetuosamente— “¡aquel que me toca me gasta, estoy hecha de pasta!”.

De aquí deriva, dicho sea de paso, uno de los conceptos principales de mi libro *Psicoanálisis come percorso*, el de *spoilt children*: no niños malcriados y tiránicos, como han

puesto de relieve los psicoanalistas ingleses, sino niños despojados, privados por cuidadores que les han inculcado sus propias expectativas y su propia ansiedad, sustrayendo con sus proyecciones (de los padres) algo específico perteneciente a los niños.

Estoy seguro de que volveremos sobre este concepto mío fundamental, que me permite unir a muchos autores de la segunda generación, Heimann, Bion y Ferenczi, autores que se encuentran entre mis preferidos, y confrontar con sus voces, a menudo silenciadas en el pasado por nuestra comunidad, algunos dogmatismos freudianos y kleinianos. Dejo entonces *a latere* este argumento, para introducir algo más sobre el tipo de pasta de la cual estaba hecho mi segundo analista.

Pasta genuina, doc³, de un napolitano de origen, como yo imaginaba. Pero supe más tarde que su ser napolitano era una fantasía mía: hoy pienso que esta fantasía podía estar asociada con vivirlo al principio del análisis como una especie de superestrella. A propósito, no olvidar que Sophia Loren representa para nosotros, italianos, el prototipo del “ser napolitano”.

Pasta genuina, de todos modos: porque su manera de ser se conformaba a mis deseos más profundos de un padre justo y flexible, fuerte y sensible, dúctil y autorizado, serio y jocoso. Por ejemplo, cuando supe durante la hora de mi sesión que mi padre estaba agonizando y que había sido internado de urgencia en el hospital, estando en sesión en Milán, me dijo que volviera inmediatamente a mi casa en Turín porque en esa circunstancia necesitaba a mi padre antes que a mi analista. Mi padre estaba muriendo (como de hecho ocurrió) mientras mi analista gozaba de buena salud: nosotros tendríamos tiempo, pero la cita con mi padre era indeclinable en ese momento. Cuando años más tarde mi madre tuvo una “isquemia transitoria” y tuve que ir a recogerla al tren (sus vecinos me la habían enviado de la casa de vacaciones en el mar, donde se encontraba), en el momento del encuentro y por algunos días no me reconoció..., pero en aquella ocasión fui, al decir de todos, un “perfecto y exquisito enfermero” hasta su recuperación. De vuelta al análisis, después de una semana de ausencia, justo en medio de mi narración de los hechos y de mi *shock* por no haber sido reconocido, me encontré envuelto en una corriente irresistible, en un llanto irrefrenable que no lograba calmarse y que yo tampoco quería calmar. Mi analista esperó y, al final de la sesión, antes de despedirse, dijo: “He aquí su ‘vista impedida’ con que se describió de joven y que aún hoy de vez en cuando le preocupa; y he aquí donde se originan sus dotes de enfermero y, por consiguiente, su anhelo de realizar un recorrido como analista.”

“Partiendo desde lejos”, como dije anteriormente, he dado una primera respuesta a la pregunta: de dónde deriva el título de mi libro principal y mi referencia al recorrido. Sólo quiero agregar que el recorrido —también el psicoanalítico— es un recorrido de vida, de *real life events*⁴, y no sólo *lived events*⁵, como sensible y agudamente sostenía Ferenczi (1920-1932), y que la historia es importante para entender quiénes somos como personas y como profesionales, la historia de las relaciones familiares, de la transmisión afectiva de una generación a otra, en cuyo centro están las identificaciones..., parte de las cuales es inconsciente. Mi sabio segundo analista me había develado este misterio sabiendo que ésta era la tela que constituía el *self* de una persona, que —si es conocido-reconocido— es el primer tesoro, no importa si la trama del tejido es rica o pobre: si es conocido y reconocido, es un tesoro porque lo podemos poner en circulación en la relación con nosotros mismos y con los demás, y hacerlo fructificar.

Este sabio segundo analista había así “abierto”, por decirlo de alguna manera, mis sueños y mis visiones...; los había tornado significativos ofreciéndome un camino para

elaborar mi vida, sin quedar “impedido” por la ausencia del “otro de quien cada uno de nosotros necesita para crecer” y a causa de “sus preconceptos y prejuicios”.

2. Mis primeros pasos en el psicoanálisis

En esta segunda parte de mi presentación me extenderé un poco sobre mi camino en los estudios del psicoanálisis, poniendo sobre todo en evidencia como me he convertido en el psicoanalista que soy hoy: un psicoanalista que ha tratado de luchar con firmeza para poder expresar su propia voz en el debate psicoanalítico actual y por mantener vivo mi propio “ser verdadero”, frente a las presiones de la comunidad de colegas. Que ha luchado, en otras palabras, contra el sentirse y quedarse “bloqueado por la ausencia del otro que cada uno de nosotros necesita para crecer” y contra de sus (del otro) “preconcepciones y prejuicios”.

Partiré de mi experiencia como estudiante de posgrado interesado en los procesos mentales y, por ende, como candidato a psicoanalista interesado en entender a las personas y su específica experiencia subjetiva, a fin de ayudarlas a manejar su sufrimiento y, en lo posible, a modularlo y superarlo, al menos en parte.

Recién especializado en psicología, y simultáneamente con el inicio de mi segundo análisis, comencé —acompañado por mi lectura de *All'origine della nostra immagine del mondo*, de Roger Money-Kyrle (1961)— a escribir *L'illusione di osservare* (1978): un libro sobre la importancia de la contratransferencia en la ciencia y en psicología; en síntesis, sobre el compromiso de ideas y afectos, especialmente en lo que respecta a la observación psicológica. Creo que las razones profundas que me empujaron a este estudio deberían encontrarse en mi experiencia de análisis que acababa de emprender, en la que estaba aprendiendo y verificando sobre mí que las “personas cambian y así también sus pensamientos”..., “pero hace falta tiempo”; sobre todo, es necesario “encontrar a un otro” que se ocupe de ti y un “contexto distinto, un contexto diferente de aquel en el que has crecido”.

Me explicaré mejor para aclarar de qué manera lo estaba aprendiendo: estaba, por ejemplo, verificando la importancia de tener cerca a una “persona de carne y hueso” que me respondía, que me enseñaba cosas en cada encuentro y que, con su escucha generosa, hacía “creativas” mis asociaciones libres, especificando que ellas se tornarían creativas también para mí si aprendía a usarlas de modo comunicativo y no disociativo, teniendo en cuenta que la asociación libre freudiana era importante si el individuo que la usaba buscaba el significado en relación con el otro y con los hechos y los contextos de vida que estaba experimentando. Sin un trabajo de este tipo, en realidad, las asociaciones libres corrían el riesgo de devenir nada más que “disociaciones libres” y de quedar como un mero producto narcisista incapaz de promover siquiera una comunicación con uno mismo; estaba, en otros términos, aprendiendo que una cosa es el objeto interno de la fantasía, con el que te relacionas, y otra cosa es el objeto externo, con sus respuestas y sus silencios. Junto a este objeto estaba aprendiendo que para comunicar hay que hacer un esfuerzo hacia el otro, salir del propio “capullo fusional”, proyectándose hacia el exterior y “eyectándose al mundo sin temor”.

Por otra parte, el segundo analista me reconducía a que las fantasías, las imágenes internas no eran locas —o sea, no eran desprovistas de sentido—, sino ricas en razones que debían ser descubiertas; que contenían una percepción sana pero muchas veces (para mí, pienso) “muda”. Muda: porque en el pasado no había recibido una respuesta, porque había sido malentendida, o porque —dicho con palabras de Bion (1962)— no había sido

emocionalmente “alfabetizada” por quien hubiera debido cumplir esta función. La función psicológica específica de un progenitor es individualizar las expresiones y las necesidades del niño, darles un sentido y, si es necesario, proveérselo. Se me enseñaba esencialmente a verme tanto a mí mismo como a los demás... y, en consecuencia, todo se enriquecía en mí y a mi alrededor, y sobre todo se me enseñaba —esta vez más auténticamente— que podía “ser yo mismo”.

No olvido al respecto el día en que mi analista me dijo: “Usted sigue estando presionado —en lo que me dice en respuesta a lo que yo le digo— por una especie de prisa por cambiar: su problema no es ‘cambiar’, ‘convertirse en alguien diferente’, sino ‘ser’.” Éste fue un cambio radical de perspectiva: “podía ser yo mismo”...; y cuán difícil era serlo y adquirir la sensación de ser importante por lo que se es y se hace de por sí y para sí, dado que hasta entonces había tenido necesariamente que especializarme en cambiar para adaptarme a las expectativas y a las necesidades de los míos, que me habían comunicado algo así como: “Debes cambiar, no está bien como eres.”

Pero ahora dejo de lado el aspecto más personal, el que pertenece a mi vida privada, y paso en cambio a los años como candidato psicoanalista. La idea de partida que adelanté en mi segunda respuesta (“el pensamiento y las personas cambian..., pero se necesita tiempo y debe haber un contexto distinto para que esto suceda”), aunque simple y compartida, hasta se diría “¡verdaderamente en el meollo del espíritu psicoanalítico!”, no resultaba tan así para la mayoría del instituto de formación donde yo me estaba formando.

Paso a explicarme: Freud ya lo había dicho todo, no había necesidad de leer otros autores..., excepto a los más grandes, que por entonces eran esencialmente algunos freudianos, y después Klein, Klein y Klein y pocos otros, por lo demás kleinianos. En Milán, estábamos en aquellos días colonizados por los ingleses de Londres, que sí habían importado un nuevo estilo, un estilo seguramente menos marcado por las “disociaciones libres” en la comunicación entre analistas y más atento al contexto en la lectura de los materiales..., pero desgraciadamente el contexto que ellos tenían en mente sólo podía ser el interno, para ellos “el exclusivo” motor de la transferencia, ya que, si uno se refería al contexto real en el que vivía y sobre todo en el que había crecido (incluso el psicoanalítico), se arriesgaba a que le dijeran que “era equivocado” y, de persistir en la idea, que debía reconsiderar la posibilidad de volver a análisis.

Pero no todo era así, obviamente. Entre algunos de nuestros maestros, soplabla una cierta “brisa refrescante”, pero la que yo traté aquí de una forma que puede parecer caricaturesca era realmente la visión dominante...; una visión que contrastaba en todo sentido con mi aprendizaje analítico y con cómo estaba yo pensando el psicoanálisis..., tanto a través de mi práctica como de mis lecturas. Por aquellos años, yo enseñaba Freud y Klein, entre otras cosas, en una escuela tipo Tavistock, asociada a la cátedra de Neuropsiquiatría de la Universidad de Turín. Al hacer junto a los estudiantes una nueva lectura de estos autores —una lectura focalizada en el recorrido, identificándose con ellos para comprender su desarrollo teórico y clínico—, me encontraba muchas veces confrontando con Freud y, más aún, con Klein.

Ciertamente no era la crítica el objetivo de estos seminarios de estudio sino “aprender de la experiencia de nuestros predecesores”: de sus primeros intentos de comprender, de sus emociones, de sus ideas, de sus dificultades; en resumen, de su recorrido. Entonces, no obstante una nueva lectura llevada a cabo con este objetivo, era imposible no darse cuenta de cómo “nuestros padres psicoanalíticos”, aunque deseosos de introducir una nueva psicología fundada en los afectos y en las relaciones, eran “fóbicos” frente a éstos, ante los

cuales generalmente ponían una suerte de *diktat* que más adelante definí como *no-entry*. O sea que había cosas que podían ser vistas o escuchadas, pero al mismo tiempo había otras que no eran vistas ni escuchadas y que, precisamente, no debían ser vistas ni escuchadas. Estas cosas se referían, sobre todo, a las necesidades infantiles, a las percepciones correctas de los niños, a su historia relacional frecuentemente poco feliz; a su contribución al trabajo terapéutico y al trabajo del analista, etc.

La escucha ofrecida era por consiguiente *one-sided*, y en ese tipo de escucha el analista y los progenitores estaban, por definición, en lo cierto; no se equivocaban, tenían razón, sabían...; y —más allá de todo esto— me parecía que quizás Freud, pero especialmente Klein, no habían hecho una “diferencia entre derechos y deberes de los niños y de los adultos”, “de los pacientes y de sus terapeutas”, y que en general no tenían idea alguna de lo que era un niño pequeño o de lo que era ser una buena madre o un buen padre.

En consecuencia, me sentía nuevamente fuera de lugar, como en el seno de mi familia, sintiendo que se me pedía una vez más una fe “ciega” y una renuncia a mis movimientos identificatorios más inmediatos; pero esta vez no permanecí solo persiguiendo estos pensamientos que no debían ser expresados a los grandes. Encontré sintónico con estos pensamientos críticos secretos al “grupo de pares” (¡y qué grupo de pares: entre mis compañeros de entrenamiento, compañeros de mi época, se encontraban Ferro, Bolognini, Bion Talamo, Artoni Schlesinger y, un poco más “grande” que nosotros, Dina Vallino...!). Así aprendí la gran importancia del “grupo de hermanos y hermanas”, la gran importancia del compartir con ellos y sentirse por ellos reconocido. Hoy debo decir que fui afortunado, porque frecuentemente, si se mira la historia del psicoanálisis, el grupo de los hermanos ha sido más impiadoso y feroz que nuestros progenitores en hundir sin freno —por celos o por envidia— a los propios compañeros de recorrido.

Pero ¿cómo me explicaba yo todo esto? Yo localizaba sus causas en un exceso de severidad e indiferencia de parte de muchos colegas: una especie de *cofé* anti-emotivo y anti-relacional circulante en el psicoanálisis y en la comunidad psicoanalítica. Una comunidad en la cual, aún en la época de mi formación —pero también actualmente—, puede que se te rechace la mano que ofreces; donde no siempre se te saluda, como si el saludo y la afectuosidad fueran un agregado innecesario; donde no se acostumbra decirte que vas bien, que posees capacidades y recursos, sino que siempre estás rindiendo examen..., especialmente si deseas progresar; donde la atmósfera está, en síntesis, cargada de superyó y de “do and dont’s” (haz y no hagas) y, sobre todo, de la idea de que uno crece en el dolor, que es la fuente del pensamiento y de toda cosa buena, si es tolerado y modulado por el individuo.

Para resumir, todo aquello se me tornó completamente intolerable porque yo ya había tenido una familia orientada en este sentido —aristocrática y severa— y porque, por la experiencia analítica que estaba haciendo, me había convencido de que el crecimiento y el pensamiento no nacen predominantemente del dolor sino de la posibilidad de ser reconocido, de recibir una respuesta generosa y positiva, de la existencia de un otro que cree en ti; de la posibilidad de que el adulto, mayor que tú, se acuerde de qué significa ser niños pequeños, niños en crecimiento, púberes, adolescentes, etc., si puede y sabe identificarse con tus exigencias, tus deseos, tus dolores..., si sabe hablarte desde este punto de vista y puede hacerlo sin asustarte; si es capaz de elaborar dentro de sí la fuerte tendencia a “identificarse con el agresor” en su función formativa, poniéndose junto a ti en el lugar del más desfavorecido para repetir la experiencia vivida en su propia niñez y adolescencia.

Nos encontramos así con Ferenczi (1931, 1932a, 1932b), con las ideas por él desarrolladas ante la comunidad psicoanalítica. Pero, antes de abrir este importante capítulo de mi historia sobre el que sé que me formularás algunas preguntas, quisiera decir algo respecto de Paula Heimann, “otro de mis mentores”, como dije anteriormente, para aludir a otros elementos importantes en mi modo de ver las cosas.

Cuando escribí *L'illusione di osservare* (1978), como abanderados de la importancia del compromiso del analista y de su respuesta emocional con el paciente en un determinado momento del análisis, había considerado a fondo tres autores: el Racker de *Transference and Countertransference* (1968), el Devereux de *From Anxiety to Method in the Behavioral Sciences* (1967) y la Paula Heimann del famoso ensayo de 1949 sobre la contratransferencia (1949). Sucedió además que algunos años más tarde llegué a saber que Paula Heimann, después de haber roto con Klein precisamente con la publicación de este ensayo (desde el momento en que, para Klein, si uno abrigaba sentimientos contratransferenciales era probable que tuviera que volver a análisis, ya que no estaba bien entrenado en recibir las identificaciones proyectivas del paciente), había llegado aún más lejos en la exploración del espacio de los fenómenos subjetivos que tenían lugar en el analista en el *hic et nunc* y en la “onda larga” de su relación con el paciente. Había así llegado a modificar sensible y decididamente, a partir de su práctica clínica, la visión que tenía antes, hasta darle importancia a la toma de conciencia por parte del analista de su cotidiana presencia, no solamente para entender los varios *selves* del paciente y su mundo intrapsíquico (sus afectos no sólo vividos subjetivamente, sino en realidad a veces inducidos por otros en el seno de “real life events” (eventos de la vida real), una diferencia para nada menor), sino para tomar conciencia del aspecto pragmático de sus interpretaciones y de sus silencios, de lo que uno dice y hace más allá de las palabras y el silencio mientras está con el paciente; o sea, de cómo metacomunica.

Hacia el final de su recorrido, Paula Heimann había llegado a decir que el analista hasta podía permitirse comunicar al paciente una parte de su pensamiento relativo al modo en el que había llegado a formular su interpretación..., sea para invitar al paciente a una colaboración en la formulación misma de la interpretación (para comunicarle que el analista no es omnisciente, sino que depende siempre de la ayuda —fundamental— que le ofrece el paciente), sea para indicarle, con el estar disponible a vivir junto a él una experiencia desconocida para él mismo, que el pensamiento y el significado auténticos surgen de un “trabajo de equipo” que se apoya mucho en la contribución del paciente. En razón de ello, comunicarle, además, que sus propios estados mentales subjetivos (afectivos y cognitivos), si puede usarlos, son extremadamente enriquecedores para la comprensión de sí mismo y de sus *selves* potenciales, en parte tácitos e inexpressados (Heimann, 1942-1980, 1978, 1981a, 1981b).

Pero en este punto —próximo al descubrimiento de que en el análisis eran importantes, más que los contenidos, “las funciones” que el analista desarrolla con la interpretación y “sus metamensajes inconscientes”— mi pregunta había devenido la siguiente: ¿por qué en psicoanálisis se recuerda solamente el comienzo del recorrido de un autor (de un psicoanalista, por ejemplo) y no también todo lo que viene luego. (Estoy hablando de Paula Heimann, pero hubiera podido hablar también de Bion o de Ferenczi; de hecho, en psicoanálisis los tres han tenido un análogo destino a este respecto, recibiendo un reconocimiento sólo por lo que concierne a su recorrido clásico, inicial, mientras que todo el resto —podríamos decir “la etapa más adulta” de su pensamiento— ha sido por demás ignorado y casi siempre designado como “tardío”, en sentido peyorativo.) ¿Por qué no se pueden valorizar sus cambios de posiciones e ideas? ¿Por qué no se puede indagar la

evolución del recorrido de nuestros colegas, más aún cuando éstos se mostraban críticos ante los pasos clínicos y las posiciones teóricas antes asumidas?

Pero volvamos otra vez a los cambios que caracterizaron el recorrido de Paula Heimann: a partir de cierto momento, ya no se detiene exclusivamente en el contenido de las interpretaciones, sino que pone el acento en las funciones que el analista desarrolla y los metamensajes que vehiculiza interpretando o permaneciendo callado. Decía que las interpretaciones eran “una llamada al contacto” y “a la reciprocidad”; “confirmación y testimonio del deseo del paciente de tener una relación” y, por consiguiente, “señal de su capacidad de establecerla (aun cuando ésta fuese elemental y él no fuese consciente de estar relacionado ni de estar hablando al respecto)”; “demostración, en definitiva, de cómo el analista trata de entender al paciente en su especificidad, y lo estimula a participar del encuentro, del pensamiento, de la novedad, del juego en que consiste cualquier psicoterapia” (Heimann, 1970, 1975). Es diciendo y haciendo entender mientras subraya el valor de las funciones del analista —hago aquí propio su pensamiento— como el analista, a través de sus interpretaciones o sus silencios, puede también poner una prohibición, un “no entrar” al paciente; puede, pues, decir al paciente “hazte a un lado”, “así no me agradas”, “no quiero escuchar estas cosas en absoluto, de eso no se habla”, “esto es algo que no corresponde a los argumentos que aquí se deben encarar”, “eres malo si te expresas de ese modo”, “estás exagerando, las cosas no han sido así, son sólo fantasías, has entendido mal”, “me haces sufrir”, “me matas”.

Son justamente todas estas observaciones e incitaciones producidas por la lectura de Paula Heimann las que comenzaron a grabarse en mi mente, llevándome en definitiva a pensar que todo aquello que ella había puesto de relieve respecto de las funciones y de los metamensajes podía ser utilizado, no solamente en el propio trabajo con los pacientes, sino también en volver a leer de un nuevo modo los distintos *missing links* que caracterizan “la historia misma del psicoanálisis” y para entender, desidealizándolos, nuestros usos y costumbres (por eso, no habría una sola familia de Edipo, sino tantas familias edípicas como individuos hay, distintas entre sí según el tronco histórico del que cada una proviene), y también nuestro modo de manejarnos (actualmente, quizás similar al de otrora) en el interior de las comunidades psicoanalíticas locales a las que pertenecemos y frente a la realidad social en la que vivimos.

Nuestra historia, nuestra familia de Edipo, nuestros usos y costumbres, en muchos sentidos para nada encomiables, pero respecto de los cuales resulta imperativo enmendar sin demora los propios errores y los propios límites, de la misma manera en que lo han hecho las demás disciplinas en su desarrollo y crecimiento. De hecho, ninguna disciplina científica nace madura, sino que sólo puede crecer a partir del reconocimiento de sus propios errores y de saber modificar las propias concepciones con la ampliación de las observaciones y de las experiencias (Borgogno, 2004).

3. Sándor Ferenczi, un mentor especial

Me centraré en esta tercera parte, en Sándor Ferenczi, que ha sido para mí un “mentor especial”. Encontré a Ferenczi por casualidad en 1970, cuando escribí mi tesis de graduación, sobre la agresividad y el instinto de muerte... Pero había leído un solo artículo, “The unwelcome child and his death instinct”, de 1929 (Ferenczi, 1929a), sin saber bien cómo encuadrar la tesis principal con las consideraciones metapsicológicas más clásicas y más en boga en las que se basaba mi trabajo de tesis. Escribí *terrific* al margen del artículo

pero, en definitiva, lo dejé de lado..., confundido porque este artículo era citado como apoyo del instinto de muerte freudiano. A mí no me parecía así, sino que, en última instancia, y al contrario, hablaba del instinto de muerte de los padres, de un impulso de muerte contrario al vivir y que, por añadidura, apagaba la vida del niño, sofocándola. Pero en esos momentos dichos conceptos eran revolucionarios (sé que es *unpolite*, pero nosotros en Piamonte solíamos decir “es árabe”⁶, como algo muy distante de nosotros); había que tener coraje para detenerse sobre ellos, pero yo no tenía aún la tela para hacerlo, había acabado de iniciar el análisis; y, sobre todo, creo que las palabras de Ferenczi me habían asustado, porque Ferenczi hablaba de “niños asmáticos”, que “enfermaban a nivel bronquial”, de “niños que tenían la ‘fiebre’ demasiado baja”, que “se volvían pesimistas” y “sin ganas de vivir” y que “sufrían de una cierta impotencia sexual en la adultez”.

Y da la casualidad de que yo sufría o había sufrido algunos de estos síntomas: el asma y las enfermedades bronquiales, la temperatura baja y anormal; y, como muchos adolescentes, yo también tenía una visión triste y severa de la vida contra la cual, sin embargo, combatía; además, frecuentemente me sentía desganado y privado de algo que no podía individualizar, a pesar de que (o quizás justamente por ello), al haber sido programado para un crecimiento forzado y precoz, había derrochado gran parte de mis fuerzas y, en ocasiones, me encontraba totalmente desprovisto. No podía decir exactamente que deseaba morir, que no tenía “ganas de vivir”; pero en ese artículo Ferenczi también hablaba de odio y de impaciencia de la madre, de ser no deseado, no querido. Todo aquello debió haberme parecido un tanto coincidente con mi persona, con mi experiencia, y sin embargo, lo repito, me fue difícil creerlo en ese momento.

Para mí era, en síntesis, demasiado doloroso pensar, coincidiendo con su discurso de “no-existencia”, de sentirse “inexistentes” y no preparados para la vida, en el hecho de que los míos, sí, me habían querido, pero al mismo tiempo habían deseado un niño que en muchos aspectos no debía ser distinto de aquel que ellos querían, un niño que habría tenido que cambiar; y que a causa de esto aún estaba dispuesto a existir, existir a mi manera, a menudo me asemejaba a un “huérfano de *rêverie*”, a saber “sin palabras” y en busca de alguien o algo que la llevase consigo. En la búsqueda, podría decir, de alguien que fuese capaz de ayudarme a transformar la “poesía” (escribía como otros muchos adolescentes poesía en el intento de comprenderme) en “prosa”, o sea, en un pensamiento y una escritura más “publicables” y compartibles con los otros y con uno mismo.

Evito aquí describir toda la fatiga, el tiempo y la ayuda (el trayecto en suma) que me fue necesario para realmente comprender la que me parecía “una música totalmente diferente” cuando leía y releía su trabajo y voy directamente a definir, comentando su primer escrito (su “tarjeta de presentación”), el porqué Ferenczi suena en mi opinión como “una música completamente diferente” respecto a la de Freud.

Comenzaré con el primer escrito, sobre la eyaculación precoz, de 1908, donde Ferenczi, a diferencia de los científicos de la época, la estudia a partir de los efectos físicos y psíquicos que ejerce en las mujeres, considerando que el placer de éstas, su bienestar físico y psíquico, no es tenido en cuenta, porque el compañero socialmente más aventajado se aprovecha para hacer prevalecer sus necesidades y sus intereses. Aquí Ferenczi da la palabra a un sujeto entonces descuidado, las “mujeres”, como poco después —pero ya antes de convertirse en psicoanalista— les da la palabra a los “marginados” y a los “niños”; muestra además cómo se orientará su futuro trabajo teórico y práctico, poniendo de relieve la tendencia de los analistas a “ser masturbadores y eyaculadores precoces” que, en cuanto tales, terminan por no acoger al otro, imponiendo con las interpretaciones algo que

concierna a ellos mismos más que al otro. La suya es, en síntesis, desde su primer escrito psicoanalítico, una inequívoca apelación a una “mayor escucha del otro” y a una “mayor consideración de la relación recíproca entre paciente y analista” (Ferenczi, 1908).

Sobre este último aspecto —la necesidad de una “mayor consideración de la relación recíproca entre paciente y analista”—, versará precisamente otro de sus primeros trabajos, de 1912, titulado “Síntomas transitorios en el curso del análisis”. ¿Qué dice Ferenczi en este trabajo? Que los “síntomas transitorios” del paciente en la sesión tienen origen en el interior de la relación paciente y analista: son una respuesta a algo que el analista ha dicho y hecho, o no ha dicho ni hecho. Si el analista puede considerarlos desde esta perspectiva..., reconociendo la matriz interpersonal de los sucesos de un análisis..., puede comprender —“en miniatura”— cómo ha surgido el sufrimiento del paciente en el pasado, conociendo mediante esta vía tanto el ambiente intersíquico que entonces lo acogió y acompañó su crecimiento como las reacciones de placer y displacer del paciente ante ello, incluso sus sucesivas defensas y los conflictos derivados. Creo que salta a la vista la modernidad de su pensamiento, que exploraba con paciencia y sensibilidad el diálogo entre paciente y analista (fue Ferenczi quien habló de “diálogos entre inconscientes”, entendiendo que en la conversación entre una persona y otra advienen “diversos diálogos”, sostenidos por palabras o también independientemente y más allá de ellas), observando que dicho diálogo estaba empapado de relación, que la relación podía promover bienestar o malestar, y que, por consiguiente, debía ser sin duda y decididamente interceptado y entendido (Ferenczi, 1912). Recordemos que Ferenczi ya había escrito sobre el amor (1899) antes de convertirse en psicoanalista. Él consideraba que este tema lamentablemente había sido poco estudiado por la ciencia..., no obstante su fenomenología, que por entonces ya definía como de mucha “turbulencia emocional” y de una extrema “facilidad para generar pequeñas y no tan pequeñas catástrofes psíquicas”. Por esa época, Ferenczi ya tenía en mente el trauma: ¡decididamente su “caballito de batalla” en lo sucesivo (Borgogno, 2000)!

Señalo otro trabajo suyo inicial, escrito “entre” los dos que he citado, en 1909, que trata sobre la “introyección”. Este escrito es también una *impressive* tarjeta de presentación; en efecto, la introyección es, para él, un proceso psíquico fundamental, de igual importancia que la proyección (proceso que Freud y los primeros psicoanalistas estudiaban). Pero, dado que el niño no es el adulto (y esto, en su opinión, debía ser urgentemente tenido en cuenta por los analistas, que no lo hacían), la introyección es un proceso —así como lo demuestra a partir de este trabajo— mucho más importante que la proyección, ya que el niño crece incorporando cosas que le son dadas desde el exterior. Es por ello por lo que los cuidadores deberían tener mucho más cuidado, en virtud de la enorme fragilidad y permeabilidad infantiles, respecto de lo que le ofrecen: alimento, cuidados, palabras, afectos. Por consiguiente, aquello que Ferenczi pone de relieve en este escrito —repito, a partir de este trabajo comienza a sostenerlo— es que la introyección no es exclusivamente una fuente de vida, sino también de muerte; que se puede, por decirlo crudamente, “comer mierda” o algo venenoso desde los primeros días de vida y resultar desnutridos a causa de los propios progenitores, que no son “buenos por definición”, como la teoría clásica terminaba por sostener (Ferenczi, 1909).

Ferenczi aclara, además, que el niño muy pequeño está “hambriento de objetos y afectos” indispensables para su desarrollo y que, a causa de su corta edad, incorpora todo sin poder seleccionar o defenderse. Pero ¿qué es lo que incorpora?, reflexionaba Ferenczi. No solamente las cosas materiales, sino el modo en que éstas (alimento y palabras, por ejemplo) le son dadas: de aquí surgían, en su opinión, las sucesivas identificaciones del

niño, y su visión de sí y del mundo.

Atento entonces a la transmisión intersíquica, Ferenczi —*dulcis in fundo*— venía a decirle a la comunidad de colegas que había una “pragmática de la comunicación” que debía hacerse consciente, una “pragmática de la comunicación” siempre importante, pero más aún en cuanto tenía que ver con las “mentes en formación”: las mentes de los niños..., pero también las de los alumnos y de los pacientes. Mentes en formación mucho más susceptibles que las adultas de ser plasmadas por los “mandatos hipnóticos inconscientes” de los cuidadores: mandatos hipnóticos “maternos” —sugería con inteligencia— si estaban basados en la fascinación, la insinuación y la seducción; y “paternos”, en cambio, si tenían por base la intimidación y la intimación. Mandatos, ambos, que son asimilados por el niño pequeño, tornándose operativos en su modo de estar en el mundo sin tener conciencia alguna de ello; sin conciencia en absoluto de que los aloja dentro de sí, hasta el momento en que encuentre a alguien que los “disuelva” visualizándolos y otorgándoles palabra.

Se abriría aquí el amplio capítulo de trauma, un tema sobre el cual concentra todo su última reflexión, que aquí mencionaré solamente diciendo que para Ferenczi el trauma es esencialmente una “omisión de socorro”, que a menudo viene negada por el entorno el cual lo que hace es al contrario responsabilizar al niño por ello de varias maneras (Borgogno, 2005). El trauma al que se refiere tiene que ver, por lo tanto, no sólo con algo que ha ocurrido, sino con algo que debería haber ocurrido y no lo hizo, porque por la miseria y la infelicidad de la condición humana, quien lo ha generado a menudo no ha podido ni sabido reconocerlo, evitar infligirlo y hacer algo al respecto. Es, en definitiva, retomando un concepto principal de mi libro, el potencial generador de *spoilt children* por excelencia. Toma este carácter debido a que introduce y sustrae a la vez algo “en el alma” o “del alma” de los niños y, también, como indicaba Ferenczi, en el alma y del alma infantil de los “niños que hay dentro de los adultos” (Borgogno, 1994; Borgogno y Vallino, 2006).

4. Una conversación especial basada en el aprendizaje progresivo de las emociones y de la experiencia relacional

Paso, para terminar, a decir qué es para mí el psicoanálisis, y para hacerlo me reconecto a Freud diciendo con él que el psicoanálisis es sustancialmente una “conversación”, una “conversación especial”, con la condición de que se añada a esta definición que, aunque las palabras son fundamentales, ellas no bastan, en cuanto a que en una conversación hay mucho más – como ya he intentado decir – que solamente palabras.

En efecto, existen las “transacciones afectivas” de las que emana nuestra presencia “en carne y hueso” (¡un aspecto ineludible!). Aquello que Winnicott definía como la importancia de los “gestos”: “gestos de reconocimiento”, pienso, “gestos de confirmación” y de “convalidación psíquica” que demuestran que “existes para otro” (carta de Winnicott a Melanie Klein, 17 de noviembre de 1952, en Winnicott, 1978). Por consiguiente, la conversación psicoanalítica requiere, principalmente, autenticidad y no hipocresía ni falso *self*..., ya que los pacientes perciben inconscientemente muy bien los verdaderos sentimientos del terapeuta, aun si, manifestando “crípticamente” en sus observaciones esta percepción (como sostenía Ferenczi, 1919), terminan por ocultarla a los otros y hasta a sí mismos.

Al definir el psicoanálisis como una “conversación especial”, Freud pretendía poner de relieve la importancia de “poner palabras” al inconsciente, para ayudar y ampliar el crecimiento de un individuo y su conciencia de sí en el mundo. Poner en palabras, esto es,

dar representación verbal a las propias vicisitudes emocionales inconscientes, era para él el factor terapéutico de elección, el “factor curativo específico” que diferenciaba el psicoanálisis respecto de otras formas de psicoterapia. Estas últimas se conformaban con un resultado favorable sin querer indagar en las razones que habían determinado una mejoría, o en las causas infantiles y actuales del padecimiento neurótico del paciente, su enfermedad. De todos modos, a pesar de que Freud sabía que poner en palabras no era suficiente, su personalidad lo hacía mayormente “amigo” de las palabras que de los sentimientos, en particular de los sentimientos más infantiles, patrimonio del niño pequeño (como he observado en varias ocasiones, Freud no poseía los instrumentos para cumplir el necesario “descenso hacia las madres” y acercarse a aquello que he llamado el “mundo de la *nursery*”; por otra parte, él mismo lo sabía, hasta el punto de definirse como un *conquistador*, más que como un excelente terapeuta).

Pero, si uno va a “Sobre psicoterapia”, de 1904, puede constatar que él no ignoraba que las palabras no alcanzan y que es “la generosidad de otro corazón” lo que, en última instancia, abre y facilita el acceso al “misterio de otra persona”. En el párrafo al que me estoy refiriendo, y contradiciendo su afirmación anterior de que el psicoanálisis procede esencialmente “*per via di levare*” y no “*per via di porre*”, Freud cita a Hamlet, de Shakespeare, que burlándose de la arrogancia de Guildenstern y de su presunción de entender el secreto del malhumor de Hamlet exclama:

Why, look you now, how unworthy a thing you make of me! You would play upon me; ... you would pluck out *the heart of my mystery*; you would sound me from the lowest note to the top of my compass; and there is much music, excellent voice, in this little organ; yet you cannot make it speak. “*Sblood, do you think I am easier to be played on than a pipe? Call me what instrument you will, though you can fret me, you cannot play upon me*” (Act III, Scene 2).⁷

Precisamente por este motivo, al definir al psicoanálisis, yo prefiero poner en evidencia (y en esto sigo a Ferenczi) que es, antes que nada, aprendizaje de una “experiencia emocional” especial, en la cual el lema griego “conócete a ti mismo” deviene, en sentido relacional, “trabaja con otro para saber quién eres”. Una experiencia vivida en cuyo seno tanto el paciente como el analista resultan portadores de un ambiente cuyas características deben ser distintas, ya que es esta diversidad, el “contraste” entre estos dos ambientes, el factor terapéutico específico del psicoanálisis (Ferenczi, 1929b). Como ya lo he dicho en mis respuestas anteriores, es evidente cuán relevante es el “otro” para que el psicoanálisis no se reduzca a una experiencia puramente “solipsista”, donde uno crece apoyándose mayormente sobre sí mismo. Recuerdo que algo así fue, en parte, mi primera experiencia de análisis.

Por esto, a fin de cuentas, la subjetividad del analista es, desde mi punto de vista, irrenunciable. Una posición que, como sé que para algunos es discutible, quiero sucintamente aclarar un poco más para que el oyente no me malentienda. El paciente —es en este sentido mi punto de partida— trae al análisis, desde las primeras sesiones, el ambiente en el que ha crecido en su infancia y adolescencia; no trae exclusivamente su *self* y sus distintos aspectos, sino también los distintos tipos de objeto con que ha estado en contacto en su vida, que poco a poco —unos y otros— se activan en las sesiones y devienen centrales. O sea que trae aquello que Freud llamaba “transferencia”. Nosotros, a un siglo de su formulación de dicho concepto, estamos en mejores condiciones de comprender sus complejas manifestaciones, de imaginar identificando los “prototipos relacionales inconscientes de base” sobre los que se funda y de darnos cuenta de cómo nosotros mismos influenciamos en ella inevitablemente. Sin embargo, pienso —dicho sea de paso— que, para entender las manifestaciones transferenciales en este sentido, el analista debe

poseer en su marco teórico la idea de que el bienestar y el malestar psíquico de una persona no nacen en el vacío, sino dentro de relaciones interpersonales peculiares que fueron y son fundantes, en cuanto constituyen el material de las identificaciones inconscientes. Una visión que no estoy para nada seguro de que todos sigan y tengan en mente como elemento fundamental en su manera de trabajar con los pacientes.

Por este último motivo, al momento en que también nosotros traemos toda nuestra persona a dentro del análisis (quiero decir: la panza, el corazón, la mente) y no solamente ese ambiente especializado que es el setting (la situación temporal y espacial en la cual se lleva a cabo el análisis, caracterizada por ser constante, continuada y libre –dentro de los límites posibles- de interferencias), nos preguntamos con Paula Heimann (1955; 1959; 1970) “quién es el paciente en un momento dado”, “quién es el analista” y “por qué ocurre algo precisamente en ese momento y no en otro”, la participación e implicación del analista deben ser siempre sometidos a un trabajo de tal modo que el analista distinguiendo entre lo que se refiere a él y lo que se refiere al paciente puede llegar a modular su respuesta emocional en una interpretación capaz de informar al paciente acerca de su sí mismo, sus necesidades, sus inquietudes, su historia, su mundo y, en esencia, el tipo de relación inconsciente que está proponiendo y por qué propone ese tipo de relación y no otra. Podemos así afirmar que el analista “usa su subjetividad específica” y que su “especialización” (antes he hablado sobre el psicoanálisis como “oferta de un ambiente especial”) consiste precisamente en esta operación - afectiva y cognitiva al mismo tiempo – basada en el dejarse impregnar por el paciente, en el resonar interno con la experiencia que el paciente trae, para llegar a atravesar una necesaria “donación de alma” —en un segundo momento, y sobre la base de un aprendizaje emocional a partir de la experiencia misma—, algo que le permita entender más sobre quién es y qué le está sucediendo; y así, por esta vía, llegar a integrar lo más posible, en una unidad significativa, los distintos aspectos de su personalidad y de su historia.

Según cómo la he formulado hasta aquí, la experiencia psicoanalítica podría resultar demasiado lineal y simple. Por lo tanto, quiero agregar lo que Ferenczi llegó a pensar sobre ella hace más de setenta años, ofreciéndonos su visión particularmente atrayente y más cercana a nuestra sensibilidad actual. En síntesis: la situación psicoanalítica, el campo psicoanalítico tienen a menudo que “padecer de la misma enfermedad que padecieron el paciente y su campo familiar en el pasado”. Si se permite que esto suceda, y no se pone a esto un *no-entry* (cosa que frecuentemente ocurre), el analista puede comprender de modo vivencial, literalmente en carne propia, qué le ha sucedido al paciente; qué actores y fuerzas en juego estuvieron presentes en su infancia y en su adolescencia. Esta experiencia vivida debe ser reconocida por el analista para que el paciente mismo pueda hacerlo (es ésta la importante función analítica que yo llamo de “dar testimonio”). Sobre la base de esta experiencia, el analista puede dar una respuesta distinta de lo que sucedió en el pasado y, en consecuencia, mostrar al paciente que —como decía Bion en *Cogitations* (1992), pronunciándose en este sentido de modo muy similar a Ferenczi— el analista está verdaderamente disponible a atravesar la “misma crisis emocional” que él sufre y ha sufrido, logrando, sin embargo, a través de ella, una respuesta afectiva diferente de la suya, es decir, un manejo distinto del dolor psíquico implicado, que indica soluciones y compromisos de vida alternativos respecto de los que él encontró en el pasado.

Después de lo que he agregado, quizás ya dispongan de otra clave para entender aquello a lo que Ferenczi concretamente se refería al afirmar que es el “contraste entre el pasado y el presente” la “vía de curación *par excellence*”. Pero deseo, como para cerrar este aspecto e ir concluyendo, subrayar cuán precursora fue la concepción de Ferenczi respecto

del pensamiento que lo sucedió y, desde luego, del pensamiento psicoanalítico contemporáneo.

Winnicott, por ejemplo, en estrecha consonancia con Ferenczi a propósito de cómo funciona un “buen análisis”, escribió en “Fear of breakdown”, en 1963, que el trauma (cabe aclarar que Winnicott no lo llamaba así en ese escrito, aunque de hecho habla a través del *breakdown* de un tipo de trauma, parecido a aquel que en particular concierne, en mi opinión, a los *spoilt children*) debe volver a suceder en el presente, debe repetirse en el análisis, porque cuando ocurrió en la infancia los padres no estaban, es decir, estaban ausentes psíquicamente y el prematuro y demasiado frágil yo del niño no había podido experimentarlo y afrontarlo, resultando así arrollado y aniquilado, en un estado de verdadera agonía mental. Al igual que Ferenczi (1932b), sostenía que el trauma, muy frecuentemente, para poder ser recordado por el paciente, se debe reeditar en las sesiones a partir de algo impropio o doloroso que sucede en la relación analítica y que es el analista, que además es su artífice involuntario (el artífice involuntario de un “asesinato del alma”), quien lo debe reconocer e individualizar antes de que el paciente sea capaz de hacerlo.

Él sostenía que el analista, en definitiva, no puede evitar resultar él también traumático; pero, a diferencia de los objetos del pasado, cuando ello ocurre, no niega sus faltas y sus errores, sino que “provee”, ofreciendo así al paciente la oportunidad de percibir conscientemente el trauma, comprenderlo y compartirlo con otro, que asume su parte de responsabilidad (Winnicott, 1963).

Con esta última adición que he hecho quería poner de manifiesto otro elemento sobre el cual probablemente he insistido menos pero que no me gustaría que se pasase por alto. Se trata esencialmente del hecho de que, en la visión del psicoanálisis que propongo, cada experiencia analítica —para que resulte efectiva y eficaz— comporta aquello que hoy llamamos *enactment* (un concepto que han acuñado los norteamericanos —Jacobs, Ogden, Renik y muchos otros—, llevándolo poco a poco a la popularidad), o sea, la imposibilidad de una comprensión analítica sin una parte de “acción interpersonal” inconsciente, desconocida para el propio analista mientras la pone en acto. Desde este punto de vista (y en esto también Ferenczi anticipaba la sensibilidad contemporánea), la comprensión no es en absoluto un resultado inmediato y dado, sino más bien el producto de un “*emocional working through in progress*” que debe aceptar el no entender y también el sentirse “enredados-embrollados” por las vicisitudes en curso; y, por ende, para ir al grano, a eso sólo se llega en un segundo momento, y *après coup*, gracias a una “transformación” del mismo analista, y no mientras la experiencia ocurre, como muchos psicoanalistas durante mucho tiempo han creído y aún hoy siguen creyendo.

Para terminar, ¿qué quisiera y podría decirles aún? Simplemente repetir qué es para mí psicoanálisis. Para eso voy a contarles una breve fábula: la fábula del Osito, que me parece resume de manera poética mucho de lo que he dicho acerca de la utilidad del psicoanálisis como instrumento terapéutico.

En primer lugar, subrayo que el psicoanálisis es, esencialmente, una forma de educación, una educación para la vida y para el vivir, que puede, en parte, “inmunizar”, como afirmaba Ferenczi (1929a), si es capaz de contener el sufrimiento sin duplicarlo, si es capaz de tolerar el miedo sin hacerlo devenir terror, si es capaz de mantener la esperanza aun en los momentos oscuros y difíciles, pudiendo entrever —aun en ciernes— un futuro para el paciente y para su vida, y naturalmente también para la experiencia de análisis que está haciendo con nosotros. Es, en otras palabras, un aprendizaje de la experiencia de las emociones y de las relaciones, que cuando funciona genera una “nueva confianza” y un

“nuevo inicio”, favoreciendo el gradual despertar y la progresiva integración de “aspectos disociados y alienados del *self*” (un tema que será retomado por M. Balint, 1933, 1968).

El psicoanálisis es también, seguramente, un modo de hacer más “alegre y libre” el propio pensamiento, si el paciente puede encontrar en el analista una persona que, honesta y sinceramente, está empeñada en combatir y abstenerse “*from the oppressive element of super-io-rity (super-ego-rity) which can make us even more phobic and frightened in our deep emotional involvement with the life, with the others and ourselves*”. Puede, en definitiva, ser la vía a través de la cual recuperar las propias partes exiliadas (“*The role-reversal and the dissociation of the self*” es uno de mis caballos de batalla) —en especial, las infantiles— si el analista puede darles morada e “interpretarlas” largo tiempo, en el sentido de constituirse en su portador, hasta que el paciente, desidentificándose de las figuras de adulto con las cuales ha debido forzosamente identificarse en su existencia (a veces, para sobrevivir), esté en condiciones de reapropiárselas, reconociendo cómo en el pasado tuvo que apartarlas de la conciencia y renunciar a ellas —en ocasiones, hasta el punto de no contactarlas jamás—, al no encontrar un espacio psíquico que las acogiera y les diera real ciudadanía, otorgándoles nombre, valor y significado (Borgogno, Vigna-Taglianti, 2007; Borgogno, 2008)

Paso ahora, a modo de despedida, a la fábula del Osito. Antes de relatarla, describiré sus antecedentes: fue contada, después de un conspicuo período de análisis, a un analizando todavía asustado de vivir la vida plenamente sin adaptar su intimidad a los demás; un analizando que, de niño, había padecido asma y diversas formas de urticaria relacionadas con una invasión descalibrada y ansiosa de mandatos y reglas (narcisísticas y, generalmente, proyectivas) por parte de sus progenitores, carentes ellos mismos de padres capaces de invitar al crecimiento sin temor. La fábula es la siguiente:

Había una vez un pequeño oso que siempre tenía frío; siempre padecía de resfrío, mal de garganta y bronquitis. La mamá y el papá, por demás preocupados por su precaria salud, lo habían exhortado —a veces por las buenas, a veces por las malas— a vestir la camiseta de lana, la camisa afelpada, el chaleco con trenzas, la chaqueta gruesa, las manoplas, el sombrero abrigado, las medias alpinas, las botitas forradas, etc. Una “especie de *crescendo*” que parecía haber mejorado rápidamente las cosas a pesar de que Osito todavía seguía teniendo frío y estando en cama, congestionado, con fiebre y mucho catarro. Hasta que un día, por sugerencia de algunos vecinos, concurre al doctor Oso, especialista en vías respiratorias de pequeños osos en crecimiento, quien inauguró para él una nueva receta terapéutica. “Osito —le dijo el doctor—, ésta es mi medicina: sácate la camiseta de lana, la camisa afelpada, el chaleco y la chaqueta gruesa, y despídete también de las manoplas y el sombrero suave, de las medias y los zapatos abrigados, porque tú en la vida debes jugar y caminar.” Osito, asombrado, protestó y se quejó de que tendría más frío y enfermaría más, privado de toda defensa. El doctor Oso, de todos modos, convencido de su medicina, resistió a sus lamentos y le contestó sonriente: “Te equivocas, Osito, porque en este momento, aunque no lo sepas, vistes tu verdadera piel.”

REFERENCIAS

- Balint, Michael (1933). *Character analysis and the new beginning*, in *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*. London, Hogarth Press, 1952.
- Balint, Michael (1968). *La falta básica: aspectos terapéuticos de la regresión*. Barcelona, Paidós, 1993.
- Bion, Wilfred R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona, Paidós, 1980.

- Bion, Wilfred R. (1992). *Cogitaciones*. Valencia: Promolibros, 1991.
- Borgogno, Franco (1978). *L'illusione di osservare*. Torino, Giappichelli.
- Borgogno, Franco (1999). *El psicoanálisis como recorrido*. Madrid, Síntesis, 2001.
- Borgogno, Franco (2000). La "larga ola" de la catástrofe y las "condiciones" del cambio psíquico en el pensamiento clínico de Ferenczi
- Borgogno, Franco (a cura di) (2001). *La catastrofe e i suoi simboli*. Torino, UTET Libreria.
- Borgogno, Franco (2004). Togliere i lucchetti della mente. In *Psicologia sociale in dialogo. Scritti in onore di Piero Amerio* (a cura di Norma De Piccoli e Gian Piero Quaglino). Milano, Unicopli, 2004.
- Borgogno, Franco (2005). Pensieri sul trauma in Ferenczi. In C. Bonomi (a cura di), *Sandor Ferenczi e la psicoanalisi contemporanea*. Roma, Borla, 2006.
- Borgogno, Franco, Vallino Dina (2006). "Spoilt children": un dialogo fra psicanalisti. *Quaderni di Psicoterapia Infantile*, 52, pp. 107-148.
- Borgogno, Franco, Vigna-Taglianti Massimo (2007). Il rovesciamento dei ruoli e la dissociazione del sé: una "forma di ricordo" poco illuminata dalla letteratura psicoanalitica. *Richard & Piggie*, 1, pp. 1-21.
- Borgogno, Franco (2008). La inversión de roles y sus factores curativos, *Clínica e Investigación Relacional*, 2(1).
- Devereux, George (1967). *From anxiety to method in the behavioral sciences*, Paris, Mouton.
- Ferenczi, Sándor (1899). L'amore nella scienza. In *La mia amicizia con Miksa Schächter: scritti preanalitici 1899-1908* (a cura di J. Mézsáros e M. Casonato). Torino, Bollati Boringhieri, 1992.
- Ferenczi, Sándor (1908). Sobre el alcance de la eyaculación precoz. En *Obras completas*, vol. 1, RBA, 2006.
- Ferenczi, Sándor (1909). Transferencia e introyección. En *Obras completas*, vol. 1, RBA, 2006.
- Ferenczi, Sándor (1912). Síntomas transitorios en el desarrollo de un psicoanálisis. En *Obras completas*, vol. 1, RBA, 2006.
- Ferenczi, Sándor (1919). La técnica psicoanalítica. En *Obras completas*, vol. 1, RBA, 2006.
- Ferenczi, Sándor (1920-32). Notas y fragmentos. En *Obras completas*, vol. 2, RBA, 2007.
- Ferenczi, Sándor (1929a). El niño mal recibido y su pulsión de muerte. En *Obras completas*, vol. 2, RBA, 2007.
- Ferenczi, Sándor (1929b). Principio de relajación y neocatarsis. En *Obras completas*, vol. 2, RBA, 2007.
- Ferenczi, Sándor (1931). Análisis de niños con los adultos. En *Obras completas*, vol. 2, RBA, 2007.
- Ferenczi Sándor (1932a). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. En *Obras completas*, vol. 2, RBA, 2007.
- Ferenczi, Sándor (1932b). *Sin empatía no hay curación: el Diario clínico de 1932*. Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- Freud Sigmund (1904). Psicoterapia. En *Obras completas*, vol. 3, Madrid, Biblioteca nueva, 1997.
- Freud, Sigmund; Ferenczi, Sándor (1908-1911). *Correspondencia completa*, vol. 1.I, Madrid, Síntesis, 2001.
- Freud, Sigmund; Ferenczi, Sándor (1912-1914). *Correspondencia completa*, vol. 1.II, Madrid, Síntesis, 2001.
- Freud, Sigmund; Ferenczi, Sándor (1914-1916). *Correspondencia completa*, vol. 2.I, Madrid, Síntesis, 2001.
- Freud, Sigmund; Ferenczi, Sándor (1917-1919). *Correspondencia completa*, vol. 2.II, Madrid, Síntesis, 2001.
- Freud, Sigmund; Ferenczi, Sándor (1919-1933). *The correspondence*, vol. 3, Cambridge (MA) / London, Belknap Press, 2000.
- Heimann, Paula (1942-1980). *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.
- Heimann, Paula (1949). Acerca de la contratransferencia. En *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004
- Heimann, Paula (1955). Dinámica de las interpretaciones contratransferenciales. En *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004

- Heimann, Paula (1959). La Contratransferencia. En *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004
- Heimann, Paula (1970). Naturaleza y función de la interpretación. *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004
- Heimann, Paula (1975). Nuevas observaciones sobre el proceso cognoscitivo del analista. En *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004
- Heimann, Paula (1978). La necesidad que el analista sea espontáneo con el paciente. En *Acerca de los niños, y los que ya no lo son*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004
- Heimann, Paula (1981a). L'importanza del transfert e controtransfert nel rapporto medico-paziente, *Neuropsychiat. Inf.*, 235-36, pp. 117-28.
- Heimann, Paula (1981b). La sfida di Freud al coraggio e alla creatività dell'individuo, *Neuropsychiat. Inf.*, 242, pp. 707-20.
- Money-Kyrle, Roger E. (1961). *Man's Picture of his World. A Psychoanalytic Study*. New York, International Universities Press.
- Winnicott, Donald W. (1963). El miedo al derrumbe. En *Exploraciones psicoanalíticas. Obras escogidas*, vol.3 RBA, 2007.
- Winnicott, Donald W. (1978). *El gesto espontáneo: cartas escogidas*, compilación de F. R. Rodman, Barcelona, Paidós, 1990.



NOTAS

¹ Este trabajo, leído en el *Instituto de Psicoanálisis Relacional* en Madrid el 18 de Octubre de 2008, es una versión extractada y revisada, en formato artículo, de la entrevista que el historiador del psicoanálisis Christopher Fortune me hizo el 22-3-2007 en Vancouver, elaborada previamente en contactos por correo electrónico titulada "Notas y fragmentos de una vocación psicoanalítica" y que ha sido publicada en diversos formatos e idiomas (Italiano, inglés, portugués). Esta versión en castellano ha sido revisada por Raúl Naranjo Valentín y Danilo Magistrali para *Clínica e Investigación Relacional*.

² Franco Borgogno es Psicoanalista Didacta (SPI, IPA); Catedrático de Psicología Clínica de la *Università degli studi di Torino* (Italia), donde dirige la Especialidad de Psicología Clínica y el Programa de Doctorado "Psicología Clínica y Relaciones Interpersonales"; Autor de numerosos trabajos, entre ellos: *L'illusione di osservare*. Torino: Giappichelli, 1978; *El Psicoanálisis como recorrido*, Madrid: Síntesis, (original italiano de 1999; publicado también en inglés: *Psychoanalysis as a journey*. London: Open Gate Press, 2007) y *The Vancouver Interview. Notes and Fragments of a Psychoanalytic Vocation* (Roma: Borla, 2007). Contacto: borgogno@psych.unito.it

³ "Doc" significa "de origen controlado"; se usa por ejemplo con los vinos, que pueden ser controlados en su origen, rubricados. En sentido figurativo, significa auténtico, genuino (N. de T.).

⁴ N.d.T.: Sucesos reales acaecidos.

⁵ N.d.T.: Sucesos vivenciados.

⁶ "Chino", suele decirse en el ámbito hispanohablante. (N. de T.)

⁷ "Pues mira tú en qué opinión más baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y ve aquí este órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿O juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que una flauta? No; dame el nombre del instrumento que quieras; por más que lo manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido" (en Freud, 1904, p. 262).